

X APARICION DE LA NOVELA PICARESCA

La Novela Picaresca es una de las manifestaciones de la prosa del Renacimiento que, continuada después por otras obras del Siglo de Oro, llegaron a formar uno de los géneros literarios más genuinos de la Literatura española y de gran trascendencia en las letras. Junto con la Mística, aunque esta amalgama de géneros disuene por lo dispar, constituye lo más nacional e indígena de la literatura de los siglos XVI y XVII. Y no se trate de buscar esta clase de novela en otra parte que no sea en España pues si bien es cierto que pícaros podemos hallarlos en cualquier país y en cualquiera época, fue sólo el espíritu realista español, mejor, el de Castilla, el que elevó a la categoría de género novelesco nacional y dio a la literatura universal el primer modelo de novela costumbrista moderna al narrar la vida mísera de hampones y haraganes que pululaban por los bajos fondos de la sociedad de entonces. Fue este mismo espíritu realista el que animó a nuestros pintores nacionales a dejar perpetuado en lienzo las miserias nacionales, a los tipos deformados, casi patológicos y a nuestros piojosos en éxtasis de miseria. Parece que la voz de la subconsciencia nacional está avisando que no todo es gloria en la aparente grandeza que se respira en el ambiente de la nación. ¿No tendrá un fondo cristiano esta advertencia, este contraponer la miseria real a la grandeza aparente y al mismo tiempo este aviso de las glorias presentes? He aquí una relación, entre otras muchas, de la mística y de la picaresca géneros en apariencia dispares, pero ambos nacidos de la enjundia nacional. Y los místicos ¿no llevaban dentro de sí este espíritu aventurero que les animaba a los mayores sacrificios, justificados todos por el alto fin que se proponían? Cuenta San

ta Teresa en su "Vida" que de niña, empujada por la aventura, quiso junto con su hermano Rodrigo abandonar la casa y partir a tierra de moros para combatir y morir por la fe de Jesucristo. Acaso tenga más de caballeresco que de picaresco este deseo infantil de la Santa, pero el espíritu aventurero de nuestros pícaros se hace patente en ella y no en vano fue calificada después por las autoridades eclesiásticas de "monja andariega". De su hermano sólo tenemos que decir que estas tierras americanas fueron teatro de su castizo espíritu español de aventurero.

Y no es un caso rebuscado este de Santa Teresa. Podríamos multiplicarlos analizando la vida de nuestros místicos. Cuenta el Padre Rivadeneira en la vida de San Ignacio de Loyola una serie de hechos de su vida que corroboran nuestra opinión. Dice el biógrafo que el santo caminó a pie desde Goeta hasta Roma teniendo que salvar a dos peregrinos atacados por unos bandidos y que, harapiento y desastado llegó a Roma donde por su aspecto se hizo sospechoso. En Venecia durmió debajo de las arcadas del palacio de los Dux como cualquier pícaro de nuestras novelas pasaba la noche debajo de las arcadas del acueducto de Segovia. Su escaso dinero lo regalaba a los pobres y el santo vivía de limosnas como un pícaro. Claro es que alguna diferencia debe haber entre ambos espíritus aventureros y al pícaro materialista no se le puede pedir para su ir pasando la vida hechos como los que nos cuenta el P. Rivadeneira de San Ignacio. En cierta ocasión, sumergido con el agua hasta el cuello en un estanque helado, espera el paso de un amigo que por allí se dirige a la casa de su concubina y se convierte gracias a este espíritu de sacrificio del santo. En este caminar sin cesar de nuestros místicos San Ignacio, seguido de un compañero y paisano suyo, tiene que suspender la marcha pues el acompañante ha sido rendido de fatiga; San Ignacio baila alrededor de él una danza vasca que ambos conocían de la niñez y consigue de esta manera devolverle las fuerzas perdidas para poder proseguir el viaje.

El espíritu caballeresco, aventurero y místico son los tres aspectos más característicos de la literatura española del siglo de oro y si aparentemente uno de ellos, el picaresco, disuena entre los otros dos, es un complemento necesario para explicar el cuadro total de la vida de estos siglos y si bien en todos los tiempos se ha tratado de ocultar la miseria como espectáculo desagradable a la vista de los civi-

lizados, tampoco podemos negar totalmente su existencia. Hay que hacer anatomía de la sociedad, dirá después la técnica naturalista, aunque siempre sea un cuadro desagradable, del mismo modo que el penetrar en una sala de disección produce náuseas al no experimentado, pero es necesario para el desarrollo de la ciencia médica.

Trataremos de explicar lo que es esta clase de novela así como su técnica y nos detendremos en el análisis de la primera manifestación del género que sirvió de modelo para las novelas posteriores. Veamos primeramente qué es un PICARO. Hasta la segunda mitad del siglo XVI no penetra este término en la literatura española y para designar, no sin un matiz de menosprecio, a un tipo de criado, especie de ganapán o esportillero que se ganaba su vida en oficios bajos y despreciables. Pero esta actividad suya es sólo accidental, algo así como para cubrir las formas sociales de su existencia, porque su verdadera vida es la de un vagabundo que se sostiene a base de astucias de mala ley, aunque sin llegar nunca a la criminalidad. Por eso hay que distinguir entre la PICARESCA y la GERMANIA; la primera acaso roce, pero nunca entra de lleno en el delito, mientras que la segunda cae de lleno en él. RINCONETE Y CORTADILLO, los héroes de una de las NOVELAS EJEMPLARES DE CERVANTES, son dos pícaros en su primer ambiente, pero cuando ya se mueven en Sevilla la transformación se hace manifiestamente de Germanías porque los robos y puñaladas que se contratan en el patio de la casa de Monipodio en la capital andaluza supone una organización completa del hampa a la que nunca aspiró la picaresca.

La primera novela del género, EL LAZARILLO DE TORMES, no utiliza nunca la palabra pícaro porque se caminaba entonces hacia la evolución de este concepto y Lázar, enraizado todavía en una tradición medieval, no era más que sinónimo de "criado de muchos amos", oficio que le permitía desfilarse sucesivamente por todas las capas de la sociedad de sus días para hacer su análisis y sátira a manera de artículos costumbristas. Leyendo El Lazarrillo se culpa más a la sociedad que al individuo; por el contrario, leyendo las novelas picarescas que le sucedieron, la sociedad parece disculpada ante la mala inclinación congénita de los protagonistas. Pero a un análisis sutil se descubre de inmediato la culpabilidad de la sociedad en la formación de la contextura moral de estos individuos. Lázar es el joven

sin experiencia que cae en una sociedad despiadada y son los golpes de la vida los que le enseñan a vivir. Experiencia amarga. Guzmán de Alfarache y Marcos de Obregón, los pícaros del siglo siguiente, se sienten nacidos y ambientados en la sociedad que les ha tocado vivir. Experiencia alegre. Pero ambas son concepciones pesimistas del vivir. Este cambio operado en tan breve espacio de tiempo tiene su razón de ser. El pícaro ha crecido en número, se ha constituido en clase social como consecuencia de una transformación habida en la sociedad. Un falso orgullo, pero de raza, hacía ver a los españoles de la época de los Austrias los oficios manuales y los trabajos mecánicos como algo indigno e infamante para los puros de casta, los limpios de sangre, es decir, los cristianos viejos. Los Austrias y sus ministros no se dieron cuenta el peligro que encarnaba para la sociedad el crecer despiadado de los impuestos sobre estos trabajadores manuales ya que las otras clases de la sociedad no se consideraban tan indignas como para soportar tales gravámenes. El apartamiento sistemático del trabajo su consecuencia fue una de las causas principales para acrecentar al picardía. Los campos abandonados y las ciudades abarrotadas de jóvenes braceros que huían de los trabajos campesinos vinieron a engrosar la legión de criados y lacayos sobre los que fermentó la picaresca. Añádase a este número considerable el no menor integrado por los soldados que, inválidos o licenciados, pero siempre enemigos de trabajar, regresaban de los tercios que guarnecían las posesiones españolas de entonces, europeos o americanos, y que de vuelta a la patria, desocupados, se unían a los ya muchos que querían vivir sin trabajar, lo cual nunca se ha conseguido con métodos muy honorables. Precisamente una de las etimologías que se ha querido buscar para la palabra pícaro procede del soldado harapiento y desastrado que procedía de la Picardía, ejercitado en este vivir vagabundo desde que había abandonado las unidades militares.

Veamos ahora cómo fue la técnica de la Novela Picaresca. Hay que suponer para explicarla una transformación de la sociedad caballeresca en sociedad picaresca. Las nobles hazañas de los caballeros andantes encontraron siempre un cronista que las narrase. Toda novela de Caballerías empleaba un estilo indirecto porque el novelista no hacía sino transcribir las hazañas ya recogidas anteriormente. Cervantes sigue la narración de Cide Hamete Benengeli, el fin-

gido verdadero cronista de las aventuras de don Quijote y a lo más que se atreve es a tomar la iniciativa propia cuando Benengeli interrumpe la narración. De la nueva sociedad picaresca en la que la heroicidad ha sido sustituida por la picardía han huido los cronistas y las hazañas de los pícaros ya no encuentran narrador; son los propios protagonistas de las novelas los que tienen que hacer la exposición de sus aventuras y de aquí la forma AUTOBIOGRAFICA y el estilo directo que necesariamente tiene que adoptar esta clase de novela. Este proceder le da un tono más íntimo y realista a la narración.

Contrapuestos al caballero el héroe pícaro procede siempre de las más bajas capas de la sociedad y con un descaro inaudito no tiene vergüenza en confesar su origen e incluso hablar mal de sus progenitores. Andando el tiempo esta técnica realista característica de la novela picaresca, exagerando sus rasgos iniciales, iba a transformarse en la caricatura del género. Nada más que eso es la técnica pictórica de la caricatura, la exageración de los rasgos. Cuando esta clase de novela llegue a las manos de Quevedo, por ejemplo, estos rasgos realistas, por exageración, se hacen su caricatura y entonces ya podemos decir que el género ha llegado a su final. Veamos como el protagonista de la primera novela, Lázaro, cuenta su origen con ese desenfado que va a ser característico en el pícaro.

"Pues sepa V. M. ante todas cosas que a mi llaman Lázaro de Tormes, hijo de Thomé Gonçales y de Antona Pérez, naturales de Tejares, aldea de Salamanca. Mi nacimiento fué dentro del río Tormes, por la cual causa tomé el sobrenombre, fué desta manera. Mi padre, que Dios perdone, tenía cargo de proveer una molienda de una hazaña, que está ribera de aquel río, en la qual fué molinero más de quince años. Y estando mi madre una noche en la hazaña, preñada de mi, tomole el parto y pariome allí. De manera que con verdad me puedo dezir nascido en el río.

Pues siendo yo niño de ocho años, achacaron a mi padre ciertas sangrias malhechas en los costales de los que allí a moler venían, por lo qual fué preso y confesó e no negó e padesció persecución por justicia. Espero en Dios que está en la gloria, pues el Evangelio los llama bienaventurados. En este tiempo se hizo cierta armada contra moros, entre los quales fue mi padre, que a la sazón estaza desterrado por el desastre ya dicho, con cargo de azemilero de un caballero que allá fué. Y con su señor, como leal criado, fenesció su vida.

Mi biuda madre, como sin marido y sin abrigo se viesse, determinó arrimarse a los buenos por ser uno de ellos y vino a vivir a la ciudad e alquiló una casilla e metiose a guisar de comer a ciertos estudiantes e lavava la ropa a ciertos moços de cavalleros del Comendador de la Magdalena, de manera que fué frequentando las cavallerizas. Ella y un hombre moreno, de aquellos que las bestias curavan, vinieron en conoscimiento. Este algunas vezes se venía a nuestra casa y se yva a la mañana. Otras vezes de dia llegava a la puerta en achaque de comprar huevos y entrábase en casa. Yo, al principio de su entrada, pesávame con él e aviale miedo, viendo el color y mal gesto que tenía; más, de que vi que con su venida mejorava el comer, fuyele queriendo bien, porque siempre traya pan, pedaços de carne y en el invierno leños, a que nos calentávamos.

De manera que, continuando la posada y conversación, mi madre vino a darme un negrito muy bonito, el qual yo bricaba e ayudava a calentar.

Y acuerdome que, estando el negro de mi padraastro trebejando con el moçuelo, como el niño via a mi madre e a mi blancos y a él no, huya dél con miedo para mi madre y, señalando con el dedo, dezía: "¡Madre, coco!"

Respondió él riendo: "¡Hideputa!"

Yo, aunque bien moçacho, noté aquella palabra de mi hermanito y dixe entre mi: "¡Quantos deve aver en el mundo, que huyen de otros, porque no se ven a si mesmos!"

Posteriormente, Lázaro es entregado por su madre a un ciego para que le sirva de llazarillo y así ha quedado el término en nuestra lengua como sustantivo apelativo para designar al guía del ciego:

"En este tiempo vino a posar al mesón un ciego, el qual, paresciéndole que yo sería para adestralle, me pidió a mi madre y ella me encomendó a él, diziéndole cómo era hijo de un buen hombre, el qual por ensalçar la fe avia muerto en la de los Gelves y que ella confiava en Dios no saldría peor hombre que mi padre e que le rogava me tractasse bien e mirasse por mi, pues era huérfano.

El respondió que assi lo haría y que me recibía, no por moço, sino por hijo. Y assi le comence a servir e adestrar a mi nuevo viejamo.

Como estuvimos en Salamanca algunos dias, paresciéndole a mi amo que no era la ganancia a su contento, determinó yrse de allí, y, quando nos huvimos de partir, yo fui a ver a mi madre ambos llorando, me dió su bendición y dixo:

"Hijo, ya sé que no te veré más. Procura de ser bueno y Dios te guie. Criado te he e con buen amo te he puesto: válete por ti".

Es un aspecto de la sociedad el que se puede conocer con la pintura realista de este personaje reconoceremos un grupo humano de la sociedad: los Mendigos. Hombre astuto y sagaz; en su oficio era un águila. Con tono bajo y reposado, pero muy sonable, se hacía oír en la iglesia donde rezaba y con aire humilde y devoto recitaba sus ciento y más oraciones que sabía de memoria sin hacer gestos ni visajes con la boca como los malos principiantes pedigüños de las puertas de las iglesias. Se valía de otros muchos procedimientos para sacar el dinero. Tenía oraciones adecuadas para los más variados efectos: para las mujeres en parto, para las malcasadas; pronosticaba si había de ser hijo o hija. Conocía las hierbas y sus propiedades y decía que Galeño supo la mitad que él. Pero jamás hubo hombre tan avariento y mezquino como el ciego, lo cual se traducía en matar de hambre al pobre Lázaro. Para remediar su hambre el pobre muchacho tenía que recurrir a mañas y sutilezas que con su necesidad se agudizaban. Veamos una de estas mañas de que se valió para burlar la avaricia de su viejo amo:

"Usava poner cabe si un jarrillo de vino, quando comiamos y yo muy de presto le así y dava un par de besos callados e tornávale a su lugar. Mas turome poco. Que en los tragos conocía la falta y por reservar su vino a salvo, nunca después desamparava el jarro, antes lo tenía por el asa asido. Mas no avía piedra ymán, que assi traxesse a si, como yo con una paja larga de centeno, que para aquel menester tenía hecha, la qual, metiéndola en la boca del jarro, chupando el vino lo dexava a buenas noches. Mas como fuese el traydor tan estuto, pienso que me sintió y dende en adelante mudó propósito y assentava su jarro entre las piernas y atapávale con la mano y ansi bevía seguro.

Yo, como estava hecho al vino, moría por él y, viendo que aquel remedio de la paja no me provechava ni valía, acordé en el suelo del jarro hacerle una fuentezilla y agujero sutil y delicadamente con una muy delgada tortilla de cera taparlo y al tiempo de comer, fingiendo aver frío, entrávame entre las piernas del triste ciego a calentarme en la pobrecilla lumbre, que teníamos, y al calor della luego derretida la cera, por ser muy poca, comenzava la fuentezilla a destillarme en la boca, la qual yo de tal manera ponía que maldita la gota se perdía. Quando el pobreto yva a beber, no hallava nada.

Empatávase, maldezíase, dava al diablo el jarro y el vino, no sabiendo qué podía ser.

"No direys, tio, que os lo bevo yo, dezía, pues no me quitays de la mano".

Tantas bueltas y tientos dió al jarro, que halló la fuente y cayó en la burla; mas assi lo dissimuló como sin lo uviera sentido.

Y luego otro día, teniendo yo regumando mi jarro como solía, no pensando el daño, que me estaba aparejado, ni que el mal ciego que sentía, senteme como solía, estando recibiendo aquellos dulces tragos, mi cara puesta hazia el cielo, un poco cerrados los ojos por mejor gustar del sabroso liquor, sintió el desesperado ciego que agora tenía tiempo de tomar de mi vengança y con toda su fuerça y alçando con dos manos aquel dulce y amargo jarro, lo dexó caer sobre mi boca, ayudándose, como digo, con todo su poder, de manera que el pobre Lázaro, que de nada de esto se guardava, antes, como otras vezes, estava descuydado y gozoso, verdaderamente me poreció que el cielo, con todo lo que en él ay, me avía caydo encima.

Fué tal el golpezillo, que me desatinó y me sacó de sentido, y el jarrrazo tan grande, que los pedaços dél se me metieron por la cara, rompiéndomela por muchas partes, y me quebró los dientes sin los quales hasta oy día me quedé. Desde aquella hora quise mal al mal ciego y aunque me quería y regalava y me curava, bien vi que se avía holgado del cruel castigo. Lavome con vino las roturas, que con los pedaços del jarro ma havía hecho, y sonriéndose dezía:

"Qué te parece, Lázaro? Lo que te enfermó te sana y da salud".

Pero Lázaro ha cobrado de su maestro de la vida las lecciones suficientes para poder desenvolverse en ella con toda la dureza que ha aprendido de su avaro amo. Es despiada y brutal la despedida que hace el joven Lázaro a su amo, pero más brutal ha sido el trato que ha recibido durante el tiempo que ha servido al ciego. Por lo tanto se decide abandonar a su amo y su ánimo infantil concibe una despedida trágica. Estaban en ruta en Escalona, un pueblo de la provincia de Toledo. Habían repuesto fuerzas en la posada del pueblo y el viejo, usando de su habitual tacañería, preparaba su yantar. El pobre Lázaro había de conformarse con las migajas y sólo con el olor de una longaniza que su amo iba a comerse. Pero hace el trueque y en vez de la longaniza coloca un nabo en el asador. Cuando el viejo al morder se encuentra con el frío nabo, alterose sobremanera y en una escena de naturalismo literario el exasperado amo, ante las reiteradas negativas de Lázaro, mete su afilada nariz en la boca del niño, "con el pico de la qual me llegó a la guillilla", dice el protagonista al hacer la narración de la avenutra, de modo que "lo suyo tuvo que ser devuelto a su dueño". Llovía; había que atravesar el arroyo que corría por el centro de la calle para llegar a la posada donde pasarían la noche. Pero dejemos que Lázaro siga la narración:

"Ponme bien derecho y salta tu el arroyo.

Yo le puse bien derecho enfrente del pilar y doy un salto e póngome detrás del poste, como quien espera tope de todo e díxele:

"¡Sus!, saltá de todo lo que podays, porque deys deste cabo del agua".

Aun apenas lo avía acabado de dezir, quando se abalança el pobre ciego como cabrón y de toda su fuerza arremete, tomando un passo atrás de la corrida para hazer mayor salto, y da con la cabeça en el poste, que sonó tan rezio como si diera con una gran calabaza, e cayó luego para atrás, medio muerto y hendida la cabeça.

"¿Cómo y olistes la longaniza y no el poste? ¡Ole! ¡ole!, le dixe yo". Y dexle en poder de mucha gente, que lo avía ydo a socorrer, y tomé la puerta de la villa en los pies de un trote, y, antes que la noche viniesse, di conmigo en Torrijos. No supe más lo que Dios dél hizo ni curé de lo saber".

Ya Lázaro está sin amo, pero como su nombre es sinónimo de muchos, pronto encuentra acomodo. Primero es con un clérigo de Maqueda, otro pueblo de la provincia de Toledo y más tarde con un "buldero", es decir, un predicador de bulas, tema candente y motivo de la reforma protestante. Estos dos nuevos amos que en tacañería en nada se diferencian del anterior nos lleva a tratar un asunto fundamental en El Lazarillo. Estamos en los últimos días del Emperador Carlos V y la literatura de todo ese período se dice empapada de ERASMISMO. Erasmo, el humanista de Rotterdam, fue una figura capital en la historia de la Reforma europea. Sacerdote católico, amigo y consejero del Emperador, vivió y murió dentro de la ortodoxia a pesar de las constantes llamadas que el grupo protestante le hizo para que se pasara a su bando. Los ataques de Erasmo nunca se dirigieron contra las cuestiones fundamentales del dogma católico, sino más bien contra los individuos eclesiásticos y casi pudiéramos decir que toda su pugna se resume en su célebre frase: "Monachatus non est pietas". El grupo erasmista español fue muy numeroso y además, hay que reconocerlo, lo más florido de la cultura de aquella época. Mientras el Emperador vivió el erasmismo fue ortodoxia, pero a su muerte empezó a ser combatido por la Inquisición y los principales erasmistas españoles murieron fuera de España. Mucho se ha abusado del concepto erasmista en la literatura y también se han exagerado las influencias. Precisamente "El Lazarillo de Tormes" es un libro capital en la historia de este movimiento. Los episodios del clérigo y del bul-

dero, este último el mercader de indulgencias, parece un atrevimiento luterano y se prestaba muy ingenuamente a una clasificación del libro dentro de la literatura erasmista y con él todo el género de la picaresca. Pero esta opinión no resistió un análisis profundo. El mejor conocedor de la materia, el francés Marcel Bataillon, lo ha expresado ya claramente. Las raíces folklóricas del Lazarillo se hunden en la tradición común de la Edad Media, en los Fabliaux y en el primer Renacimiento italiano. Lo que reprocha Erasmo a los clérigos es "creer mal", mientras que en El Lazarillo se les acusa de "vivir mal", recuerdo todavía del Cisma de Occidente que en la última época del medievo repercutió en las costumbres y vida de los clérigos.

El episodio más simpático que encontramos en toda la narración de Lázaro es el capítulo tercero: "De como Lázaro se asentó con un escudero y de lo que le aconteció con él". Todo el pesimismo y las tintas negras del autor se recarga en los amos anteriores y siguientes a este Escudero, uno de los tantos "segundones" de la época clásica. Eran estos segundones descendientes de casas nobles pero como el primogénito heredaba el mayorazgo al objeto de mantener el prestigio de la casa, a éstos no les quedaba más solución de vida que el convento o la milicia. El que se hurtaba a una de estas dos soluciones no tenía otro porvenir sino arrastrar una vida miserable como la del escudero de nuestra novela. Llegaron a constituir un grupo social y por eso el retrato que le dedica el autor como individuo representativo de una clase. Si a este escudero le quitamos el orgullo propio de su condición y la educación consiguiente por provenir de una clase social superior, ambos, amo y criado, quedan hermanados en la miseria. Los dos personajes se contagian de esa simpatía mutua que trasciende al lector de este episodio del Lazarillo. El criado no tiene inconveniente en compartir con su nuevo amo el pan que ha conseguido de la caridad pública o las berzas que ha hurtado en el mercado. Esta compenetración de miserias extrañas es lo que sublima el episodio. Leamos algo de él:

"Andando assi discurriendo de puerta en puerta, con harto poco remedio, porque ya la charidad se subió al cielo, topome Dios con un escudero, que yva por la calle, con razonable vestido, bien paynado, su paso y compás en orden. Mirome y yo a él y díxome:

"Mochacho, ¿buscas amo?

Yo le dixé:

"Si señor".

"Pues vente tras mi, me respondió, que Dios te ha hecho merced en topar conmigo. Alguna buena oración rezaste oy".

Era de mañana, quando este mi tercero amo topé. Y llevo-me tras si gran parte de la ciudad. Passávamos por las plaças donde se vendía pan y otras provisiones. Yo pensava y aun deseava, que allí me quería cargar de lo que se vendía, porque esta era propia hora, quando se suele proveer de lo necesario; mas muy a tendido passo passava por estas cosas.

"Por ventura no lo vee aquí a su contento, dezía yo, y querrá que llo compremos en otro cabo. . . .

Púseme a un cabo del portal y saqué unos pedaços de pan del seno, que se me avían quedado de los por Dios. Él, que vió esto, dixome:

"Ven acá, moco. Qué comes?"

Yo llegué a él mostrele el pan. Tomome el un pedaço, de tres, que eran: el mejor y más grande. Y dixome:

"Por mi vida, que parece este buen pan".

"¡Y cómo! agora, dixé yo, señor, es bueno?"

"Si, a fé, dixo él. ¿Adonde lo huvistes? ¿Si es amassado de manos limpias?"

"No sé yo esso, le dixé; mas a mi no me pone asco el sabor dello".

"Assi plega a Dios", dixo el pobre de mi amo.

Y levándolo a la boca, comenzó a dar en él tan fieros bocados, como yo en lo otro.

"Sabrosíssimo pan está, dixo, por Dios".

Y como le sentí de qué pie conxqueava, dime priessa. Porque le vi en disposición si acabava antes que yo, se comediria a ayudarme a lo que me quedasse. Y con esto acabamos casi a una. Y mi amo comenzó a sacudir con las manos unas pocas de migajas y bien menudas, que en los pechos se le avían quedado, y entró en una camareta, que allí estava, y sacó un jarro desbocado y no muy nuevo y, desque hubo bevido, combidome con él. Yo, por hazer del continente, dixé:

"Señor, no bevo bino".

"Agua es, me respondió. Bien puedes beber".

Entonces tomé el jarro y beví No mucho, porque de sed no era mi congoxa.

Finalmente, ¿quién fue el autor de esta obra capital que comienza un género de tanta trascendencia? El problema sigue siendo un enigma de la historia literaria. La autobiografía de Lázaro, fundador del linaje de los pícaros, se vino atribuyendo desde antiguo a un prócer y embajador, don Diego Hurtado de Mendoza, el cual representó a España en diversas Cortes europeas en los reinados del Empera-

dor y de su hijo Felipe II. También se ha pensado modernamente que pudiera ser obra de un cristiano nuevo, que si bien es cierto que aportaron la intransigencia a la convivencia nacional a cambio llegaron magníficas creaciones literarias. Por último hay una tradición, más verosímil, según la cual el autor del Lazarillo fue el fraile jerónimo Fray Juan de Ortega, humanista profeso en Alba de Tormes y estudiante en la Universidad de Salamanca. Dice el Padre Sigüenza, Cronista de la Orden de San Jerónimo y uno de los prosistas más elegantes del siglo de oro, que el borrador del Lazarillo, escrito en letra de Fray Juan, se encontró en su celda cuando murió. El anonimato se puede explicar entonces por la alta categoría eclesiástica que su autor llegó a gozar. Fue General de su Orden y Obispo electo. Seguramente quiso gozar a escondidas del éxito de su obra de juventud. Además, el anticlericalismo del Lazarillo va más contra el clero secular que contra el monacato al que posiblemente pertenecía su autor.

Quito, diciembre de 1964.

